

Un bujalanceño en el combate naval de Lepanto: el venerable Fray Pedro Soriano, de la Orden Hospitalaria

Por Antonio MARIN GOMEZ (†)

En la batalla de Lepanto participó, al frente de un grupo de hospitalarios, un bujalanceño de excepcional calidad humana: el Padre fray Pedro Soriano, quien llegó a alcanzar, dentro de su orden, la máxima jerarquía.

Nació en 1515, exactamente el mismo año en que vino a la vida otro egregio bujalanceño: el que luego sería famoso doctor don Pedro Serrano, gran amigo y polemista de Ginés de Sepúlveda, e igualmente amigo y colaborador de Arias Montano, en la redacción de la Biblia Regia; catedrático en Alcalá, obispo de Coria, y, en suma, uno de los hombres más eruditos de su tiempo.

No hay noticias referentes a los padres y hermanos de P. Soriano, como asimismo tampoco acerca de las primeras edades de su vida, tan importantes siempre en el ciclo vital humano, y tan comúnmente descuidadas en los estudios biográficos de la época. En compensación abundan los informes respecto a otros períodos de su vida, en especial los relacionados con sus actividades religiosas, si bien tales noticias se ofrecen dispersas y fragmentadas en las viejas crónicas de la orden, algunos archivos, breves folletos y alguna que otra monografía de publicación relativamente cercana, en algún estudio sobre San Juan de Dios, evolución de la Hermandad, etc., lo que hace no poco laboriosa, y con riesgo de que queden sensibles soluciones de continuidad, la obtención de su perfil biográfico.

Probablemente vio por primera vez la luz en uno de aquellos hogares de vida fundamentalmente campesina, que integraban la entonces pequeña villa. En ella, el apellido Soriano abundaba mucho en el siglo XVI; aún se sostiene hoy en la genealogía bujalanceña, y aparece, por lo general, adscrito a familias de labradores.

En tanto las diversas actividades del campo van consumiendo, con su peculiar monotonía, sus años de mocedad, pesaría sobre su espíritu, junto al denso ambiente de religiosidad que, por entonces, envuelve la villa, la honda inquietud de aventura, que no era otra cosa que el idealismo caballeroso de la época, que conmovía a aquella juventud, e incluso a la niñez española—recuérdense los propósitos que abrigaban Santa Teresa y su hermano siendo niños, por cierto, nacida ella, también el mismo año de 1515—. Como en tantos otros pueblos de España, un prodigioso incitante heroico apremiaba a la capacidad de ensoñación de todo mozo bujalanceño de aquella hora, a conocer, a todo ruedo, nuevos horizontes, y ser participante en las filas de los

descubridores o en las del ejército considerado como el mejor y más temido del mundo, protagonista de hechos sorprendentes. A buen seguro, como lo hace saber la historia de España, era un clima aquél del que no era fácil sustraerse. Por su parte, la historia de Bujalance revela, cuando trata de sus hijos más eminentes de la época, unas décadas de profuso éxodo, casi ininterrumpido, de aquéllos hacia las empresas españolas de dentro y fuera de Europa, y que sería fuente de la espléndida galería de vidas admirables que ofrece su pasado.

Entre los bujalanceños que un día cualquiera abandonarían el reducido mundo de su pueblo, para alistarse en las filas de los gloriosos Tercios de Castilla, ilusionados de honores y de atractivos aventuras, fue uno de ellos Pedro Soriano, como en principio se desprende de lo expresado en la *Crónica Hospitalaria*, en la que se lee, «que los primeros hermanos de la Orden —y P. Soriano fue uno de sus más activos pioneros—, procedían de la Milicia» y sobre lo que estudios posteriores disipan toda inseguridad al respecto, dándose clara y terminante confirmación de su antecedente militar, en la obra *Superiores Generales de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios*, por el padre fray Rafael Meyer, que vio la luz, traducida del italiano, en 1927, y, más documentadamente, en la extensa biografía sobre el santo, dada a luz en Roma, por el P. Gabriele Russotto, en 1969. Esta procedencia de los que fueron primeros propagadores de la orden, y por ello concedores de los avatares bélicos, constituyó el motivo de que fueran solicitados luego por los altos caudillos militares españoles como excelentes sanitarios; «llevaban así, en gran parte —escribe uno de los últimos y más extensos comentaristas sobre este punto, el doctor Salvador Clavijo, jefe médico de la Armada— savia de carácter militar, lo que explica su pronta y eficaz adaptación al ambiente guerrero y a las situaciones más graves en que se vieran los ejércitos». No hay datos seguros acerca del tiempo que estuviera P. Soriano al servicio de las armas, pero se tiene por probable, que no fuesen muchos los años que tardase en regresar a Bujalance, tal vez con lucidas recompensas y honrosas cicatrices, pero acaso también, como sucedió a su padre en la orden, San Juan de Dios —desengañado del ideal militar, durante el sitio de Fuenterrabía en 1521—, extinguido el vano ardor de su aventura guerrera, y abierto su ánimo a la fuerza extraña de un nuevo ideal, que presionaba, seguramente ya, sobre su corazón insatisfecho.

Se ignora la fecha en que llegó para él el nuevo día en que tras un estado anímico, más o menos vacilante, su espíritu se hizo, al fin, habitación, de aquel incitativo y poderoso mensaje que emanaba del alma de Juan de Dios, hombre extraordinariamente, inflamado de inagotable caridad, por quien sentiría admiración creciente, favorecida por el río de noticias que invadía los pueblos andaluces y, por supuesto, Bujalance, ya que el santo empezó por desplegar su acción fundacional por la provincia de Córdoba (así, Cabra, Montilla y otros pueblos, incluida la capital donde solía acudir, en busca de socorros y del consejo alentador del venerable Juan de Avila) lo que haría más minuciosos y abundantes los relatos que le llegaran a Soriano sobre aquel hombre sin igual, que en busca del dolor, la pobreza y el desam-

paro donde quiera que se encontrasen, lo daba todo, muchas veces lo que acababa de recibir, teniendo que mendigar de nuevo para atender a sus fundaciones e incluso para su propio sustento (tal lo sucedido en Córdoba —lance que tomo de la Crónica Hospitalaria por referirse a nuestra capital— «en donde halló —escribía a la duquesa de Sessa— una casa con muy grande necesidad a la que dio lo que había recogido en la limosna que él necesitaba para el hospital de Granada», con cuya finalidad viajaba por España). El que recogía a los enfermos, a los pordioseros, a los destruidos por los vicios, a los locos en fin, para ponerles amorosamente bajo sus cuidados, estando él en la más absoluta indigencia, y para los que, a veces, pedía a diario limosna por las calles de Granada, al anochecer, sin otro distintivo que una capa cha el hombro para recoger los socorros que le dieran. Del hombre que durante el incendio del hospital Real de Granada en 1549 meses antes de su muerte había salvado del fuego a los moribundos, a los tullidos, a los alienados, ante la asombrada multitud que le veía salir indemne de las llamas una y otra vez, con su preciado rescate entre sus brazos o cargado sobre las espaldas.

Cuándo y en qué circunstancias P. Soriano acaba por seguir las pisadas estremecedoras de aquel ser sobrehumano, y se consagra al servicio de la caridad, entrando en la Hermandad, son detalles aún no conocidos, si bien ésto es lo menos importante —como dice J. Cruzet, con respecto a S. Juan de Dios, en su bella biografía sobre el mismo lo principal es el hecho de su decisión—. El dar fin a su postura vacilante, arrojando de sí el viejo lastre que le sujetaba a los incentivos terrenales, para darse resueltamente en servicio de los demás hombres. El trascendental momento en que su alma, en disposición receptora de aquellas nuevas sensaciones, acaba por apagar completamente toda otra inquietud de gloria imaginada, vana y fugitiva, trocando sus designios terrenos por las miras celestiales del nuevo local, permanente y cierto, que le estimula a seguir e imitar a Juan de Dios, con sus bellas lecciones de amor a los demás. Esta fue, diríamos, su hora; en la que el alma de P. Soriano llega a sentir el hechizo que el nuevo ideal ejercía sobre ella, incitándole al goce de los más elevados destinos espirituales y dándole una modalidad distinta y definitiva a su personalidad. «En realidad, no ya cada edad de la vida, que puede ser cada una como una vida diferente —escribe Marañón, en su estudio sobre San Ignacio de Loyola— sino, en ocasiones, cada año y aún cada hora, si están cargadas de motivos trascendentales, pueden suponer una modalidad nueva de la vasta personalidad del ser humano». Ahora, en Granada, Soriano quedará alistado, para siempre, bajo la bandera de la caridad. «La bandera —dice Cruzet— de una auténtica revolución social, levantada por el iluminado Juan de Dios». Va a dar comienzo su otra aventura; definitiva y sublime aventura; ella revelará su verdadera vocación; la otra, la militar, le dejó ennoblecido, pero desengañado. Soriano vino a ser así una de tantas vocaciones aplazadas, que recoge nuestra historia, entre soldados y conquistadores de América, personajes a los que, por influencia de las circunstancias del momento, les llegó de repente la verdadera llamada como exigencia espiritual incontenible y apasionado quehacer.

Según la *Cronología Hospitalaria*, recibió el hábito en Granada en 1555, transcurridos cinco años del fallecimiento del fundador, de manos del venerable Juan García, el único superviviente de los cinco primeros seguidores y testigos de la vida del santo. El mismo día lo recibieron también dos notables figuras de la orden: Rodrigo de Sigüenza y Sebastián Arias, con anterioridad combatientes asimismo en los Tercios de Castilla —el primero como alférez en Flandes— y con quienes iría como sanitario a la Alpujarra, cuando el alzamiento de los moriscos, en 1568.

Durante el tiempo que limitan ambas fechas —1555-1568— fueron estos tres hombres, entre los cuales cabe suponer un previo conocimiento durante sus años de soldados, los más denodados y eficaces propulsores de la Hermandad, todavía en los comienzos de su expansión, hasta llegar a elevarla a legítima orden religiosa. De entre ellos destacó pronto fray P. Soriano, como verdadero hombre de acción, lo que no tardaría en demostrarlo, la eficiencia puesta en hacer pujante realidad, el vehemente anhelo sentido por la Hermandad de ir extendiendo su función fuera de los límites, ya estrechos, del recinto, sobresaliendo en dar entusiasmo y firmeza a las fundaciones, con vida aún precaria, de Montilla, Lucena, Utrera, Toledo y otras, principalmente durante los años 1564 a 1568. Esta dinámica participación organizadora, y, desde luego, presagio de la fecunda labor creadora, que no tardaría mucho en manifestarse, llevada a cabo en Italia.

Cuando está para finalizar el año de 1568, la comarca granadina de la Alpujarra, se siente estremecida por la convulsa rebelión de los moriscos, que se extiende incontenible por los accidentados valles de Sierra Nevada. La situación, favorecida por el ardor guerrero de sus pobladores en íntima alianza con la orografía de dicha zona —«la indómita y trágica Alpujarra», como la llamara, P. Antonio de Alarcón, en su ameno itinerario por la misma— hace el desarrollo de la contienda difícil, prolongada y sangrienta. Fue en este momento cuando el marqués de Mondéjar, caudillo de la contraofensiva, ante el pequeño e improvisado ejército que pudo reunir, y por lo mismo, provisto de unos componentes sanitarios de escasa o nula práctica asistencial, especialmente quirúrgica —curación de heridas, detención de hemorragias, aplicación de vendajes, etc.— recurrió, por primera vez, a los hermanos de San Juan de Dios, para que acudiesen a prestar sus humanitarios servicios en las inminentes acciones bélicas, pues él, como capitán general de Granada, y toda la ciudad, sabían bien del espíritu de entrega y competencia sanitaria de aquellos hombres, a los que hay que suponerles en posesión, en cierto grado, de prácticas y conocimientos médicos, adquiridos en sus frecuentes contactos con el personal técnico del hospital granadino. Al citado requerimiento correspondió la Hermandad con el envío —según el doctor Clavijo y otros autores— de tres hermanos; de seis, según el «Memorial impreso, sobre los servicios prestados por los Hospitalarios de los Ejércitos de mar y tierra» (Archivo de Indias); «a los mismos, —escribe el mencionado autor— hemos de traerles al recuerdo: Rodrigo de Sigüenza, en aquel entonces, superior de la Hermandad, Sebastián Arias y P. Soriano, los que tuvieron una actuación de tal resonancia que en la propia Constitución

3.^a de carácter pontificio de 1576, se seguía aludiendo personalmente a estas tres figuras, que se emplearon heroicamente, siguiendo al ejército los dos años que duró la guerra. «Fue –subraya el referido escritor– el instante revelador del futuro castrense de la Orden Hospitalaria».

Y entramos en el año 1571. Es un año crucial en los destinos de la Hermandad. La domina un anhelo incontenible: la consecución de San Juan de Dios. En legalizar la situación trabajó denodadamente fray P. Soriano. Ya en enero del citado año, sale de Granada, acompañado por S. Arias, para obtener del Papa Pío V la 1.^a de las Bulas, por la que se constituía como congregación, quedando sometidos sus componentes a la Regla de San Agustín. Refiere un autor que el viaje desde Granada hasta Barcelona, para embarcar en alguna de las naves que salían de este último punto para Italia, lo hicieron Soriano y su acompañante a pie, descalzos y con la cabeza descubierta (1). Como gran influyente cerca del Vaticano tuvo nuestro fraile a don Luis de Requesens, asesor de don Juan de Austria en la guerra de la Alpujarra, en la que junto a los demás jefes militares y el propio don Juan, quedaron tan favorablemente impresionados del denuedo, eficiencia y abnegación de aquellos hombres, que ganaron plenamente su amistad y admiración, y así, cuando llega el momento de organizar los efectivos sanitarios de la Santa Liga contra el poderío turco, solicitan de nuevo su valiosa participación en la contienda, pues también ahora, como antes en la Alpujarra, tanto en la flota española como en la veneciana y pontificia, el déficit médico-quirúrgico era sensiblemente manifiesto, y el personal subalterno faltaba asimismo en enorme proporción, dada la elevada cifra de combatientes, y es, en esta ocasión, el propio, don Juan de Austria quien, con el beneplácito de Felipe II, pidió al prior de Granada, que lo era todavía Rodrigo de Siüenza, el envío de algunos hermanos, correspondiendo éste con la prestación de ocho hospitalarios, presididos por el P. Soriano que aún permanecía en Roma –el P. Arias había regresado a España, portador de la Bula–, los que, distribuidos en las distintas escuadras, fueron adscritos al equipo científico de a bordo.

Por los días de agosto, prólogo del gran suceso naval, gestionaba fray Pedro Soriano la concesión de la 2.^a Bula, que acabaría elevando, definitivamente la institución a verdadera orden religiosa, conservando sus específicas reglas.

Llega, al fin, octubre, y con él la hora de embarcar; el P. Soriano lo hace con Marco Antonio de Colonna, que manda las galeras pontificias. Con relación a su comportamiento durante la batalla, tiene el P. fray Rafael Meyer, italiano, General de la Orden, en su libro *Cenni Biografici* (traducido al español en 1927) una emocionante referencia; dice así: «mientras se combatía –es decir, sobrecubierta, fuera de la cámara del cirujano y enfermería, que iban, naturalmente, en el seno del navío– curaba a los heridos, y con un crucifijo en las manos confortaba a los moribundos [...] siempre im-

(1) Llevar cartas de recomendación del arzobispo de Granada, de altos de España y del propio Felipe II.

pávido en tan gran conflicto [...]». Su heroica conducta fue encomiada ante el Papa por el propio General Colonna y el Comendador de Castilla, Príncipe de Petra Porisca, testigos del alto potencial espiritual que poseía. Por su parte, el ya citado doctor Clavijo, que como médico de la Armada, transparente en sus frases, junto al elogio, la simpatía hacia el mismo, dice en su libro, que «en el orden quirúrgico fue uno más presto a la cura y protección de los heridos; representando en su figura la vocación hospitalaria albergada en las galeras de Lepanto, dando la mayor altura a este hecho, en cuanto es la iniciación del nexo, que en lo sucesivo sostendría la Armada con su Orden. Termina enlazando su nombre a los del doctor López Madera, el insigne Protomédico General de la Liga, y el no menos ilustre Daza Chacón, Cirujano Mayor de todas las galeras.

Finalizada la memorable jornada, de regreso, los navíos van dejando su patética carga de heridos y enfermos en los hospitales del litoral italiano, en los que siguieron los hospitalarios prestando su benemérita labor, norma que en lo venidero seguiría rigiendo en la historia naval militar española. En el hospital de Mesina, que recoge el mayor contingente de aquéllos, queda hospitalizado un combatiente de inmortal futuro: Miguel de Cervantes. Trae varias heridas: las recibidas en el pecho, son de menos importancia; no así las de la mano izquierda, que por las secuelas que dejaron: «la mano le quedó paralítica, deforme y mutilada», hace pensar que fueron lesiones muy cruentas, con destrozos óseos, musculares y tendiosos, lesiones altamente dolorosas que junto a las pérdidas de sangre, por ser las manos zonas muy vascularizadas, a las fiebres palúdicas que le aquejaban desde algún tiempo, y, por último, la larga permanencia a bordo —ingresó en el hospital el 31 de octubre (2) lleva a imaginarnos a un hombre seriamente extenuado por los sufrimientos físicos, a quien le sería necesaria una atenta y prolongada asistencia facultativa, que, en realidad, no recibió hasta su hospitalización en Mesina, donde según Navarro y Ledesma (en su conocida biografía sobre Cervantes) se le prodigaron especiales cuidados facultativos, como soldado aventajado, estando recomendado, por el propio don Juan de Austria, al doctor López Madera, su médico de cámara, para su mayor vigilancia en los tratamientos.

Llegado a este punto, siempre pienso en los cuidados curativos, que, de seguro, recibiría más de una vez del P. Soriano, que por su calidad de superior del grupo de hermanos, que prestaban servicio distribuidos por los distintos hospitales, así como en consideración a lo manifestado por Navarro y Ledesma, sería quien acompañase más asiduamente al doctor López Madera, en sus visitas a los internados, y en particular a Cervantes, dando así ocasión a un conocimiento entre éste y el P. Soriano, que acabaría en cordial amistad, avivada por la recordación y añoranza de la patria común y en especial las referencias a la tierra cordobesa, sobre la que Cervantes daría a conocer su lejana y directa progenie (recordemos, que negada arbitrariamente —claro está que en su propio demérito— por un escritor de hoy perte-

(2) A los 24 días del combate.

neciente a la Real Academia Española, un tanto desavisado sobre este punto. Honroso menester para este bujalanceño que fuesen sus manos las que ayudaran a curar, en más de una ocasión, sus heridas a quien, sin ninguno presentirlo, había de ser el que con la otra mano, indemne de la encarnizada refriega –como él mismo hizo que le dijera Mercurio en el «Viaje del Parnaso»: Bien sé que en la naval dura palestra perdiste el movimiento de la mano izquierda, para gloria de la diestra», –escribiera el libro más famoso de la literatura universal, como asimismo tampoco que aquel humilde fraile alcanzaría muy pronto la más alta cima dentro de la Orden Sanjuandediana.

Probablemente, hasta llegada esta situación las circunstancias no fueron favorables a un encuentro entre los mismos, dada la enorme masa de combatientes que invadían los puertos y embarcaciones en los días que eran prólogo de combate; por otra parte, Cervantes iba incorporado a la escuadra de la república veneciana en el grupo de galeras mandadas por Barbarigo, que operaba a la izquierda de los navíos reales, formando parte de la dotación de la galera «Marquesa», en tanto el P. Soriano iba en el grupo de las Pontificias, actuando a la derecha de las españolas y mandadas por Marco Antonio Colonna.

Terminada la curación de sus heridas, Cervantes pasó a convalecer a Palermo; por lo que afecta al P. Soriano, se había desplazado, con anterioridad, a Nápoles, para saludar a don Juan de Austria, de quien, por cierto, en premio a la altruista y eficaz labor desplegada por él y sus compañeros en Lepanto, recibió un auxilio de 5.000 ducados para la fundación pretendida por él, de construir en dicha ciudad un hospital, que sería el primero de la Orden en Italia, y que bajo el nombre de «Ospedale de Santa María de la Vittoria», se vio terminado en 1572.

A esta fundación siguieron ya, ininterrumpidamente, otras varias, surgiendo así nuevo conventos y hospitales por casi todas las regiones italianas: Palermo, Mesina, Milán, Corneto, etc. En 1581 ve cumplida la que fue su más grande ilusión fundacional: establecer la Orden en la propia Roma; es al principio un hospital de reducida capacidad en la Piazza de la Piedra, por lo que tres años más tarde crea el Hospital de la isla Tiberiana, con la denominación de San Giovanni Calibita, y del que sería el primer superior; actualmente la Orden tiene establecida en el mismo la Curia Generalicia. A Roma, le siguen, todavía, Florencia, Perugia y otros lugares italianos.

Al par que crece la cifra de hospitales, aumenta el número de discípulos, que por estas fechas eran llamados en dicho país «Fate bene fratelli», ésto es: «Haced bien hermanos», que era el pregón de San Juan de Dios, en los anocheceres granadinos, en solicitud de socorros (3).

Indudablemente, si en España fue San Juan de Dios quien abrió las vocaciones al duro camino de la nueva Institución, en Italia, como acabamos de ver, lo fue el P. Soriano, cuya actividad creadora y proselitista fue asombrosa, que no siempre las vicisitudes que encontrase en la realización de sus afanes habrían de serle favorables, sino que por lo común, tendría que lu-

(3) Los primeros hermanos hospitalarios de Italia fueron recibiendo el hábito de manos del P. Soriano.

char con las reacciones entorpecedores del ambiente, incomprensión, falta de colaboración económica y moral.

Tres fueron los Pontífices con los que mantuvo el P. Soriano asidua comunicación: Pío V, Gregorio XIII y Sixto V; los dos primeros le guardaron profunda estimación, en especial Pío V, quien, según la «Crónica General Hospitalaria» llegó a ofrecerle el Capelo Cardenalicio, del que hizo firme renunciamento, en aras de sus pobres, a cuyo único servicio —manifestó— quería vivir sometido. Cuantas referencias se tienen de sus virtudes, coinciden en resaltar su bondad y sencillez, teniendo por atención dominante la cura y asistencia directa de los más desgraciados, reservando para sí el cuidado de los más desagradables y humildes cometidos». Esta conducta —subraya la Crónica— atraía a todos y todos le imitaban».

El año 1586 Sixto V le aceleró la confirmación de las Bulas conferidas por sus predecesoras y le dio por hecha la concesión de Orden Religiosa con hospitales autónomos, con dependencia de los respectivos obispados.

Después de este definitivo avance, la congregación es convocada por primera vez, a Capítulo General, celebrado en Roma, en junio de 1587, en que se acordó la división de la misma en dos provincias: España e Italia, siendo elegido primer General de toda la Orden el P. Soriano.

Entretanto, continúan surgiendo nuevo conventos-hospitales bajo la fuerza incontenible de su apasionada obra creadora. Sobre la tierra italiana se extiende ya una brillante y sólida cadena de fundaciones hospitalarias, a las que el P. Soriano visita asiduamente infundiéndoles celestial entusiasmo. Es casualmente, durante uno de estos recorridos, cuando de paso por Perugia, le sorprende la enfermedad, seguida de muerte, el 18 de agosto de 1588. Aquel día la ya pujante Orden Hospitalaria en Italia, perdía su paladín más esforzado; el hombre encendido de caridad; el abnegado amigo del menestero; el heroico sanitario de la Alpujarra y de Lepanto; el humilde fraile de altísima configuración espiritual, en suma, el más perfecto discípulo de San Juan de Dios, y a quien, merece repetirlo, «todos los suyos le seguían y todos le imitaban».

Perugia conserva celosamente el sepulcro que guarda las venerandas cenizas de este bujalanceño, después de San Juan de Dios, la figura más excelsa de la Orden Hospitalaria (4).

Es de lamentar que, en tanto para gloria de Bujalance el paso de este insigne religioso por la historia de su Orden ha sido en todo tiempo, contemplado con especial dilección y justamente enaltecido, su biografía permanezca desconocida de sus paisanos, de quien sólo saben su nombre por haberle sido dedicada una calle, por acuerdo pleno del Ayuntamiento de la ciudad, en agosto de 1958, a humilde indicación de este Cronista Oficial.

(4) Al hermano fray Luis García, que le conoció, se debe una sucinta descripción de su presencia; dice así: «Pedro Soriano era de aspecto grave, de prócer y venerable figura, de rostro apostólico, poblado de lueñas barbas, y solía apoyarse en un cayado». Fijándonos en la copia fotográfica del lienzo existente en Roma, en la Casa Generalidad, se observará que está pintado conforme a la citada descripción. No he podido obtener detalles relativos al autor del cuadro, fecha de su realización, etc.; acerca del cayado del que acostumbraba servirse, y que le acompaña en el lienzo, es de creer que quizá se debiera a adolecer de alguna moderada incapacidad para la marcha, reliquia de algún lance sufrido en acción de guerra durante su vida de soldado.